

# Arte y Civilizaciones



Luis Racionero

El hilo conductor de un tema así, que podría perderse por las ramas profusas e incitantes, es el papel asignado al arte en diversas culturas, a lo largo del tiempo. Este papel empieza por estar ligado con la religión y la técnica para, en Occidente y en los últimos cuatro siglos, separarse progresivamente de ambas. Pero sólo en Occidente, porque en las demás culturas actuales el arte aún no se ha separado de la religión ni de la técnica –es decir, la artesanía-, ni en el Islam, ni en el África aborígen, ni en la India, ni en China; creo que ni siquiera en Japón, aunque, por desgracia, todo llegará.

En arte no hay progresos sino propósitos, y siempre, hasta hace cuatro siglos, en Occidente el propósito del arte, como el del psicoanálisis y la religión, ha sido hacer consciente el subconsciente –para armonizar al hombre consigo mismo- y hacer el mundo inteligible y amable –para armonizar al hombre con la naturaleza y la sociedad. El modo de conseguir eso varía de cultura a cultura, de época a época, de lugar a lugar. Pero hay unas similitudes profundas entre las culturas preindustriales, y una rotura radical al llegar la cultura occidental moderna.

En el principio, vagamente documentado por restos paleolíticos de enterramientos, estatuillas y pinturas rupestres, el arte era chamanismo y mitología de la caza –y de su brazo operativo ritual que era la magia simpática. El arte era un medio de ejercer magia para el propósito de supervivencia física en la cacería, y espiritual en los objetos colocados en el enterramiento. Esto vale para todos los grupos paleolíticos, incluso los que subsisten ahora, si queda alguno. El arte es un modo de expresar la religión, algo que durará hasta hoy mismo y que en Cataluña, por ejemplo, tenemos clarísimo por la existencia del arte Románico, cuyo propósito fue exactamente eso: expresar la religión del momento. Como esa religión ya era cristiana, su modo de ritual no era la magia, sino la liturgia de los sacramentos y oficios. Aunque lo expresado ya no es magia paleolítica, el medio sigue siendo el arte: pintura, escultura, construcción. Aún hoy, la religión contemporánea usa el arte –contemporáneo o no- para expresarse.

¿Cuál es el propósito del arte paleolítico, o primitivo, si se quiere? La supervivencia material y espiritual, la cacería y el entierro. Esto vale para Europa preclásica, Egipto faraónico, Sumer, India Y China. Aunque la religión vaya evolucionando, el arte es un

elemento auxiliar de la religión. La religión evoluciona primero hacia mitologías del reino vegetal, al inventarse la agricultura, y luego hacia mitologías de tipo antropomórfico, al inventarse la ciudad. Unos y otros se superponen, de modo que tenemos en Grecia una religión que combina elementos prehistóricos con rituales agrícolas y panteones urbanos. El arte sirve a todos ellos, ya sea con el ditirambo dionisiaco, los misterios eleusinos de Deméter, la Teogonía de Hesíodo o la Iliada, de Homero. La mitología pasa de la caza al vegetal y al templo, al pasar la humanidad del nomadismo a la agricultura y de ésta a la ciudad. En Grecia se produce otro gran cambio de propósito, separando, creo que por primera vez, el arte de la religión. Hasta entonces el propósito del arte es uno: servir a la religión, si bien ésta cambia de una religión de la caza a una de la agricultura, a otra de la ciudad. Pero en Grecia, hacia el siglo V a. J.C., el arte, de pronto, demuestra otro propósito: explicar al hombre como individuo, expresarlo como medida de todas las cosas. ¿Cómo lo hace?: valiéndose de la escultura, del teatro y de la poesía (recuérdese que estos dos últimos incluyen música y danza). En el Discóbolo de Mirón tenemos al hombre en su divina proporción, no como santo o dios o pecador, sino como ser vivo, humano, individual. El teatro presenta sus problemas psicológicos, la poesía de Safo sus emociones amorosas. En muchos casos aún está el trasfondo religioso, pero de él emerge una tensión al hombre en sí mismo. Esto es un cambio enorme y sólo se produce en Grecia, aunque en India, en ese momento, el Budismo inicia un método de introspección –que es una reelaboración del Yoga existente desde la cultura dravídica- válido para el individuo, por tanto individualizante, pero que no da un arte como el griego, tan personal, ni separado del misticismo.

El arte humanista de Grecia se pierde con el advenimiento del Cristianismo, que vuelve a colocar el arte como auxiliar de la religión; y tenemos el Bizantino, el Románico, el Gótico; con una excepción: la poesía lírica de los trovadores. En ella, como en Safo, está el arte expresando la emoción individual del amor. Por eso también fue borrado por la religión con la Cruzada contra los Cátaros del Languedoc: la única dama que se permitió cantar fue la Virgen María. Pero la brecha estaba abierta y la ampliarían los *fieles del amor* italianos y el propio Petrarca, el primer humanista de la Edad Media.

Con el Renacimiento, que se llama así por volver su atención a los clásicos griegos y latinos, el arte comienza a independizarse inexorablemente de la religión. Poco a poco, pues la pintura del Renacimiento es mayoritariamente religiosa, pero con propensiones hacia el hombre y, sobre todo, hacia la naturaleza. Leonardo, dibuja paisajes –el Valle del Arno, por ejemplo-, Piero della Francesca pinta a Federico de Montefeltro, Rafael la Escuela de Atenas. El Renacimiento es el descubrimiento del mundo y del hombre. El arte, aún empleado y pagado por la religión, empieza a trabajar par los mecenas y se ocupa en expresar la naturaleza y el hombre. No sólo en pintura y escultura, sino, también y sobre todo, en literatura.

Con la difusión del Renacimiento hacia Europa, la emancipación del arte respecto a la religión deviene imparable: la poesía amorosa de Garcilaso o Villon, el Quijote de Cervantes, el teatro de Shakespeare, se ocupan de la personalidad y los caracteres psicológicos. Aunque el arte aún está en manos de los poderosos – los libros se dedican a aristócratas y la música aún es de iglesia-, las brechas del hombre como tema artístico cada vez son más numerosas. Hasta que se llega a otra vuelta de la tuerca con el Romanticismo. Aquí ya la personalidad se desborda y los poetas se lanzan a la expresión del yo sin ningún tipo de reparos. A partir del Romanticismo el objeto del arte es, declaradamente, la individualidad, más aún, el individualismo. El arte ya no quiere representar la naturaleza, sino usarla como medio para expresar el estado de ánimo del artista. Los paisajistas como Caspar D. Friedrich están pintando su estado anímico, su propio temperamento, su talante. Pero algo más, muy significativo, se introduce con el culto al ego romántico: la idea del artista genial y del poeta maldito, en ambos casos la firma en la obra, la persona del artista por encima de su obra. Así se llegará a que un calcetín sea arte porque lleva la firma de un artista aceptado. Emancipado de expresión mitológica, religiosa o poética, el arte ya no sirve como medio de nada, sólo como medio de vida del artista, como forma de expresión desahogada de un ego cada vez más independiente de cualquier límite estilístico o temático. Se llega al arte por el arte que preconizó Theophile Gautier con los románticos, como si el arte fuera un fin en sí mismo. Pero si lo es, ¿para qué le sirve al usuario, a la sociedad? Ahí está la gran revolución artística del siglo pasado; por primera vez en su larga historia, el arte se rebela contra su papel de medio expresivo,

contra su función didáctica o social, y se proclama autónomo, un fin en sí mismo, un medio sólo para la voluntad de expresión, notoriedad y dinero del artista. Si el espectador no lo capta, que le parta un rayo; si no encaja en los problemas que preocupan a la sociedad, peor para la sociedad. El artista es un genio, un bohemio, un maldito, un fracasado, pero no está dispuesto a poner su arte como medio de expresión de nada que no sea él mismo. A veces condescienden a explicar sus incomprensibles instalaciones o sus mínimos garabatos, diciendo que representa el momento actual. También lo representan un montón de cajas en un andén de estación, pero no van firmadas. El artista deja de ser anónimo en el Renacimiento y parece resarcirse de tantos siglos de anonimato adquiriendo un ego implacable. Quizá Berenson se equivocó atribuyendo obras correctamente, pues fomentó con ello la idolatría actual de la firma y con ellos despropósitos especulativos del mercado. El arte moderno es ante todo negocio, incluso los restos del antiguo también lo son debido a las subastas. Los museos proponen el arte tradicional pero, ¿qué puede captar el espectador, convencido de que los garabatos y tuberías actuales también son arte?

Sin un conocimiento de la mitología griega y del antiguo testamento no se entienden la mayor parte de cuadros clásicos. ¿Dónde se enseña eso a los jóvenes? ¿Qué sentido tienen la *Pietá* o el *David* para quien no conoce los Evangelios y la Biblia? En el arte moderno, en cambio, aunque no se estudien física o matemáticas se puede mirar un Pollock y entender tan poco como si se conoce el *Principio de incertidumbre* de Heisenberg.

Estamos en una época de transición, parece que la cultura occidental se agota y con ella el arte da una osada voltereta, empieza –con los impresionistas, abstractos y atonales- a buscar una savia nueva, aunque sea en Africa, a separarse de su función como medio para un fin social superior a él, y se lanza desde 1.900 en un camino de pruebas- y errores- que se justifican con el epíteto de experimental y la necesidad –según ellos- de ser originales. D'ors advirtió que lo que no es tradición es plagio, pero los modernos detestan la tradición y prefieren repetirse en su vanguardismo - o sea transvanguardismo o trans-transvanguardismo, etc.- antes que trabajar con referencia a una tradición. Es lógico que así sea, pues no de otro modo puede ser el arte de una cultura decadente, materialista, inhumana.

Del espíritu ya ni se habla, eso se desterró junto con la religión, como si fuese lo mismo.

Y sin embargo, cuando no fue así, el arte alcanzó puntos culminantes de sensibilidad, a pesar de ser un medio expresivo de alguna estructura cultural exterior a él. ¿Hay algo más delicado y sutil en su potencia demoledora que una piedra basculante, colocada por los artistas prehistóricos en un lugar del bosque? Esas piedras, que todavía oscilan, estaban puestas para ser movidas por el viento: ¿cabe algo más refinado y a la vez contundente? El arte prehistórico debía de ser de una sutileza extrema, contrariamente a lo que se cree ahora, pero es que, en vez de reconocer que hemos perdido la sensibilidad, la comunión de los primitivos con la naturaleza, proyectamos nuestro talante a la prehistoria y nos inventamos un mundo de brutalidad que ninguno de los restos nos permite asumir. La liturgia o magia de la piedra viene de ellos, como el recoger agua lustral o de los astros en las cavidades que practicaban sobre los megalitos. De lo que se hacía en dolmen y cromlech no sabemos nada, pero debió tener relación con equinoccios y solsticios.

Luego los griegos colgaron, con Pitágoras, liras de los árboles, para que el viento las tocara y tener así un recuerdo audible de la música de las esferas. La poesía griega, la escultura y los templos dóricos son otro de los maravillosos momentos del arte. La escultura fue el arte griego por excelencia, como la pintura sería el arte principal del Renacimiento italiano. ¿Acaso hay un tipo de arte que corresponde más que los otros a la sensibilidad de una época? Probablemente. Quizá el de la actual sea el videoclip publicitario.

¿Por qué la poesía es el arte preponderante de la época Tang en China la pintura paisajista lo es en la época Sung y la porcelana en la Ming? ¿Por qué Persia es excelsa en alfombras, un tipo de arte absolutamente sublime? ¿Por qué en Alemania nacen músicos y en España pintores? Las vetas profundas del arte son indescifrables: sale lo que sale, cuando sale, y no sabemos por qué. Los análisis marxistas tipo Hauser nos dirán que las catedrales se construyen cuando emerge la burguesía, pero no saben explicar por qué se construyen en estilo Gótico u otro, que es lo que realmente importa cuando se estudia arte, no economía. Hay muy pocos análisis –como el de Spengler– que intentan relacionar el arte y la ciencia de cada civilización con las características generales de ésta.

Decía Oscar Wilde que no hay estilos sino sensibilidades y por eso, en un mismo momento, el estilo dominante refleja la sensibilidad más común, pero artistas individuales pueden usar un estilo adecuado a su sensibilidad, como es el caso de Baltus en este momento. También se supone un movimiento pendular de la sensibilidad general entre Clasicismo y Romanticismo, es decir, orden proporcionado sometido a cánones y expresión lírica personal libérrima. Si ello es así, estamos en el último tramo de la oscilación romántica, aunque la modernidad y la vanguardia pretenden haber roto con todo lo anterior.

Tengo para mí que, en Occidente, el arte está en un período de transición, de pruebas y errores, experimental, en busca de una semántica nueva para expresar el tecnológico y masificado mundo moderno. Es lógico que esos experimentos sean difícilmente comprendidos por el público, porque no tiene referencias con que evaluar. La reacción es o un rechazo, aún a riesgo de ser tildados de “provincianos, retrógrados e ignorantes”, o una aceptación – *credo quid absurdum* – humilde, para no incurrir en esa maldición.

Entretanto, en el siglo XX, sólo se han perfilado dos artes masivamente aceptados: el cine y la música pop. Lo que se autodenomina vanguardia es un arte de minorías, quizá el rescoldo de unas artes –pintura, escultura– que tuvieron su esplendor en otras épocas y que ya no sirven para expresar la nueva complejidad de la vida tecnológica postindustrial. Es muy posible que aparezcan artes nuevos – el cine fue el séptimo-, el octavo o el noveno arte, con medios tecnológicos nuevos que se puedan usar de modo artístico. La escultura con bronce o mármol fue una tecnología, la pintura al óleo con pigmentos otra, los tubos de plomo permitieron salir a pintar fuera del estudio. La tecnología modifica el arte e incluso permite inventar artes nuevos. Creo que deben aparecer nuevos artes para expresar el mundo tan distinto que está configurando la nueva tecnología.

Entretanto, las artes tradicionales quedarán como la bicicleta, agradables antiguallas para usar los fines de semana, pero no para la vida real, donde se usan el coche y el avión. En el arte aún no se ha descubierto el equivalente del coche o el avión, ya no hablemos del cohete aeroespacial.

La ciencia ha revelado un mundo atómico y astronómico surrealista. Agujeros negros donde la materia es aniquilada y la luz desaparece; partículas subatómicas que son simultáneamente

ondas y corpúsculos o que *saben* lo que hace su partícula gemela. Este mundo fascinante descubierto por la ciencia cosmológica y cuántica del siglo XX aún espera ser expresarlo por un arte igualmente revolucionario que esté a su altura. No es con calcetines y garabatos como se va a evocar el misterio del mundo recién vislumbrado. Quizá Pollock alude al *Principio de indeterminación* de Heisenberg, pero su burda aproximación no basta. Ante cambios tan radicales hacen falta artes nuevas. Quizá cuando, en un futuro, la religión siga a la ciencia o la complemente, aparezca una intuición nueva del misterio del Universo y, con esta nueva sensibilidad, el arte se fusione de nuevo con la ciencia, que será religiosa, para dar un nuevo impulso al nivel de la Civilización.

Autor: Luis Racionero  
Libro: El genio del lugar  
Editorial: Planeta

Kenshinkan dojo 2.007  
[www.kenshinkanbadajoz.com](http://www.kenshinkanbadajoz.com)